

Los mártires, gracia e interpelación

José María Arnaiz, SM

Resumen

Los mártires hoy son muchos. ¿De dónde vienen? De entre nosotros y, sobre todo, de entre los/as religiosos/as. ¿Qué han hecho para que les proclamemos y consideremos tales? Han muerto derramando su sangre. Al hacerlo han confesado a Jesucristo; por él morían. Han perdonado a sus verdugos y asesinos. Su sangre es sangre de fecundidad y de fraternidad. Así, sus vidas se han convertido en el triunfo de la libertad sobre el individualismo, del gozo sobre el sufrimiento y de la esperanza sobre la resignación. Su vida y su muerte interpelan a la Vida Consagrada y se convierte en inspiración y en gracia para ella. Los mártires nos muestran el camino y estructuran nuestra persona. De eso estamos necesitados.

Os mártires hoje são muitos. De onde vêm? Dentre nós e, sobretudo, dentre os/as Religiosos/as. Que fizeram para que os proclamemos tais? Ao morrerem derramaram seu sangue. Ao fazê-lo, confessaram a Jesus Cristo; por Ele morreram. Perdoaram seus assassinos e carrascos. Seu sangue é sangue de fecundidade e de fraternidade. Assim, suas vidas se converteram no triunfo da liberdade sobre o individualismo, do gozo sobre o sofrimento e da esperança sobre a resignação. Sua vida e sua morte interpelam a Vida Consagrada e se converte em inspiração para ela. Os mártires nos mostram o caminho e estruturam nossa pessoa. E disso temos necessidade.

En la XXXII Congregación General los jesuitas decidieron asumir plenamente el Vaticano II. Ello suponía, entre otras cosas, convertir en obras para los pobres algunas de las emblemáticas instituciones educativas que tenía la Compañía, sobre todo en América Latina. El P. Arrupe invitó a pensarlo dos veces y a rezarlo largo porque “si damos ese paso, dijo, es seguro que tendremos mártires”. Los profetas, si no son de los que “profetizan por dinero”, como en tiempo de Miqueas (Miq 3,11) terminan en el martirio y los mártires se hacen tales profetizando. Restaurar la justicia ha llevado siempre al martirio, que supone testigos de una fe que actúa por el amor¹.

Como nos recuerda Juan Pablo II en *Tertio Millennio Adveniente* la Iglesia del primer milenio nació y creció con la sangre de los mártires. Al término del segundo milenio hemos vuelto de nuevo a tener una Iglesia de mártires; y no podemos olvidar que Cristo está siempre en el origen del martirio (TMA 37). A una tal Iglesia la fecundidad no le falta. En las últimas décadas en el Continente han existido grupos de mayorías pobres asesinados en impactantes masacres y con una inde-

fensión tal que nos permite hablar de esta Iglesia martirial. La teología de la liberación ha recogido estos testimonios de vida creyente y ha articulado un pensamiento lúcido que lleva a muchos cristianos a dedicarse al servicio de la justicia y consecuentemente a encaminarse al martirio. Esta Iglesia martirial es el mejor fruto evangélico de muchos siglos de historia y *el mejor recurso para proponer un presente que tenga futuro*. Este número de la revista CLAR tiene una voluntad decidida y loable: convertir estos testimonios martiriales en interpelación y gracia para toda la Iglesia y de un modo especial para la Vida Consagrada (VC)². Esto no es tarea fácil pero merece la pena darse el empeño.

1. ¿QUIÉNES SON Y DE DÓNDE VIENEN ESTOS HOMBRES Y MUJERES?

No está mal partir de una descripción sencilla de los mártires de nuestro Continente; de un saber quiénes son y de dónde vienen. De ellos/as podemos decir que eran de nuestra misma sangre; comían junto a nosotros/as y dormían en la misma casa hasta que se los llevaron. Bebían la sangre del Señor en las eucaristías, la que ellos/as derramaron. Recitaban las mismas oraciones y confesaban idéntico credo. Sufrían las mismas debilidades y tenían idénticas tentaciones; supieron de la astucia del mal, de la amenaza, la sospecha, la persecución; les sorprendió el peligro y el desenlace fatal.

Como Martin Luther King, tuvieron un sueño: el de la libertad para su pueblo, de la justicia para todos, de la vida plena para los marginados, de la paz para

los que están en guerra, de la fe confesada, de la tierra para todos. Cuando fueron llamados por su nombre o arrastrados fuera, no amaron tanto la vida que temieran la muerte. No eran superhombres. Algunos/as al morir regaron la Biblia con su sangre (Andrés Jardín en Santiago de Chile), otros/as su lecho o la puerta de su casa; otros/as el altar, el camino que recorrieron, el centro de tortura. Con la sangre de los Palotinos de Buenos Aires, quienes les asesinaron pintaron la palabra “traidores” en los muros de la casa de la comunidad. Y todo ello ocurría mientras su corazón perdonaba y con todo su ser amaban a quienes les mataban. Su muerte, aceptada con fe, nos ha hecho descubrir la grandeza de su vida ordinaria; su martirio ha sido culminación de toda una vida. Su recuerdo no clama venganza ni sabe de odio. La vida explica su martirio y el martirio explica su vida.

Ahora viven con nosotros/as, en nuestra mesa de trabajo, en nuestra comunidad; su espíritu de fortaleza nos acompaña; también sus rostros de mártires. Acompañan a nuestro pueblo y a nuestra Iglesia desde dentro. Nos ofrecen la fuerza de resurrección que tiene su sangre y que riega nuestra vida renovada. Con Ortega y Gasset bien podemos decir *que no les tenemos admiración sino envidia ya que es más fácil lleno de fe morir que arrastrarse por la vida*³. Estos hombres y mujeres han visto el odio sin límites, la astucia, la fuerza, la destrucción, la persecución destructora y la aurora del nuevo día. Consiguieron que su carne débil, rasgada y destrozada se hiciera fuerte. Llegaron a querer la muerte: *“déjenme ser pasto de las fieras. Por ellas me será dado llegar a*

Dios” (San Ignacio de Antioquia).

La invitación a redactar este artículo ha sido una estupenda ocasión para remover en mí viejos recuerdos de los días de la dictadura militar de Chile y de Argentina, de la guerra civil española y de algunas de las víctimas de Colombia y otras del tiempo de Hitler entre los marianistas austriacos. A medida que avanzaba en la reflexión, se levantaban en mí bandadas de pájaros dormidos, pensamientos no fáciles de coordinar. *Me doy cuenta que el tema del martirio no es de los primeros siglos de la Iglesia; es de siempre, es de hoy*⁴. Me ha hecho entrar en zonas escondidas de mi alma, de mi vocación y de mi vida entera ya que el martirio tocó a mi familia y a mi propio padre que siendo fiel creyente y por ser inquieto social y políticamente, también lo mataron los vencedores, otros que también se decían creyentes. Y este recuerdo se transforma en gracia pascual cuando hago memoria de mi abuelo, su papá, invitando al perdón y a la reconciliación entre la familia, ya que los mártires dividen hasta a los más cercanos. Algo similar les ocurrirá a muchos de los lectores de este desafiante número de la revista CLAR siempre que los que escribamos no lo hagamos de memoria.

En el tiempo vivido en Roma todos los años el martes santo, la Comunidad de San Egidio, en esa ciudad martirial, evocaba la memoria de los mártires, sobre todo del año transcurrido. La lista de los nombres se leía lentamente y era siempre larga. Esa celebración se convertía para mí en la mejor preparación inmediata para vivir en profundidad los cercanos viernes santos. El viernes san-

to de cada año es el día que mejor se llega al corazón del martirio.

En América Latina hemos vivido un tiempo de silencio, de discernimiento y de purificación en relación con nuestros mártires. Diría que este tiempo, en parte, lo pide todo mártir auténtico, el que muere por buenas causas. No va el grito “santo ya” cuando su sangre derramada aún borbotea. Se necesita tiempo para asimilar el perdón que ofreció a sus verdugos y la reconciliación aceptada; tiempo para olvidar al verdugo que está detrás de todo mártir. Ese silencio no puede ser desamor ni olvido. Por lo mismo ese espacio no debe convertirse en algo excesivamente prolongado. Se necesita tiempo para distinguir entre las crueldades y los heroísmos de aquellas horas terribles y sublimes. Se trata de no olvidar a nadie, de no ocultar nada, de no culpar quizás a personas e instituciones actuales. Con frecuencia ya somos otros/as. Ninguna sociedad puede vivir huyendo de sí misma, ignorando su propia historia, caricaturizando su propio pasado. Cuando no hay memoria reinan los sueños y los fantasmas.

Se necesita el tiempo para concluir que la fortaleza espiritual de los catequistas de Guatemala, el testimonio admirable de Mons. Oscar Romero, la hondura cristiana de laicos y religiosas de Brasil o de Haití o de Colombia, no brotó de la nada. Nació de una Iglesia vigorosa y lleva a un Pueblo de Dios aún más vigoroso. Se necesita el tiempo para concluir que vale más la autenticidad del testimonio que las últimas y originales ideas teológicas, pastorales y espirituales. Los mártires nos colocan ante las realidades de primera magnitud. Nos

ayudan a situar en la memoria eclesial, en nuestro talante personal, en nuestro estilo pastoral, la autenticidad, la hondura, la radicalidad y la grandeza de estos hermanos y hermanas que nos precedieron en la confesión de la fe y defensa de la justicia. Nuestro cristianismo no será evangélicamente verdadero y bien ajustado a su historia mientras no nos sintamos serena y cálidamente herederos/as de estos testigos del Evangelio de Jesucristo. El martirio consigue hacernos salir de nuestros castillos de invierno para experimentar la osadía de la intemperie que es el lugar donde los/as santos/as han conseguido las altas temperaturas del amor y han comenzado las primaveras de la historia de la Iglesia.

Visto desde la realidad de América Latina son mártires quienes han vivido como Jesús, han profesado la fe y han sido asesinados/as por las mismas causas que Jesús: la defensa de los pobres y la confesión del Padre; quienes son obstáculos a la injusticia que se quiere perpetuar; quienes son Cristo crucificado entre nosotros/as.

2. MÁRTIRES Y PROFETAS: EL MARTIRIO NO LLEGA POR CASUALIDAD

No es fácil hablar del martirio; no resulta sencillo teologizar sobre él. Pero vamos a intentarlo. Con frecuencia se hacen muchas y a veces enfrentadas lecturas de estos acontecimientos. Lo normal es que quienes llamamos mártires hayan tenido que soportar la persecución, el desprecio, la indiferencia; y todo ello por ser insistentes en sus opciones, firmes en sus ideales y fuertes en su fe. Por eso mismo, la VC, mar-

cada por la radicalidad a través de su historia “ha alcanzado muchas palmas y ha pisado muchos lodazales, ha sentido la presión de grilletes y el desprecio de los orgullosos”⁵. Un alto número de los mártires de América Latina han sido religiosos/as.⁶

No falta la ideología cuando nos acercamos a analizar la realidad del martirio. Se puede oír decir que los mataron por comunistas, porque “algo habrán hecho”, por fanatismo, por subversivos... Pero son mártires por la vocación cristiana a la que fueron respondiendo con gran generosidad. El martirio no se improvisa. No hay duda de que un acontecimiento como el del martirio puede ser fácilmente politizado y manipulado y llevado al terreno del partidismo o de la lectura ideológica. Sin embargo, de acuerdo con la buena tradición de la historia, el mártir es una persona que ha dado testimonio a favor de Jesucristo con el sacrificio de su vida, llegando hasta el derramamiento de sangre. Es interesante destacar que en la literatura hebrea el mártir es, sobre todo, un testigo de Dios y mártires se llaman también a los profetas. En el conjunto del Nuevo Testamento encontramos estas precisiones:

Los mártires tuvieron una oportunidad privilegiada de atestiguar su fe en los interrogatorios que de ordinario precedían a la condena a muerte. El mártir es testigo de Cristo no sólo con su confesión de fe sino también con su vida y con su muerte imitando así la muerte salvífica del Redentor; es un testigo por excelencia. El testimonio de los mártires no es sólo

una manifestación de la fortaleza humana sino una gracia del mismo Espíritu Santo. Por tanto, es sumamente precioso. Psicológicamente hablando el testimonio del martirio adquiere una eficacia particular debido a que la profesión oral queda confirmada con la vida y sobre todo con la muerte⁷

Todo esto nos lleva a una lectura del martirio en clave profética; es decir, *en clave de vida*. Los mártires no querían morir. Eran mujeres y hombres aferrados a la vida y empeñados en disfrutarla como un precioso don. Esa vida, que tanto querían, les fue arrebatada a bocanadas, por odio o intolerancia. También los profetas amaban la vida y lo que ello les exigía y evocaban las condiciones que la hicieran posible. Así lo expresa Jeremías; él quiere ser fiel a la misión que el Señor le confiaba. Esa misión implicaba arrancar y demoler, construir y plantar (Jer 1, 10). Los profetas no dicen el futuro; dicen la verdad y la vida. Jeremías no se echó atrás; realizó su misión con lucidez y audacia y en fidelidad a lo que el Señor le pedía. Esta fidelidad le llevó al martirio. El profeta es incómodo, provoca y disgusta a los bienpensantes, anima a la búsqueda de la utopía. El testimonio de los mártires va en la misma línea; es un anuncio profético cargado de fuerza y de esperanza. Cuando en la Iglesia se renuncia a la capacidad profética se renuncia al martirio.

Siguiendo el viejo dicho bien podemos afirmar que profetas y mártires parecen dos cosas distintas y una son. El profe-

ta como recordaba el P. Arrupe termina en el martirio y el mártir verdadero es profeta auténtico; es profecía del amor y de la verdad.

3. TRES DIMENSIONES DEL MÁRTIR QUE LO SON DEL PROFETA

El martirio teológicamente supone:

- ❖ Morir derramando la sangre.
- ❖ Al derramar la sangre se confiesa la fe y se es testigo del Dios en el que se cree.
- ❖ Al confesar la fe se perdona al que le mata.

Sangre derramada y vida entrega entregada hasta el extremo, confesión de la fe propia del testigo y perdón dado al que por odio mata son también los tres grandes rasgos del profeta.

3.1 Sangre derramada: un mártir nunca muere

Buenos son los versos de Laura Capmany para entrar en este tema:

*“Sé fuerte y generoso en este mundo,
el dolor más atroz, el más profundo,
lo llevan en el alma los que hieren.*

*Defiéndete si puedes, burla, esquivo,
pero si no te queda alternativa
tú no mates, tu sé de los que mueren”*

Mueren derramando sangre; bañan con ella la tierra, las ropas, las armas, los rostros, las manos. La sangre es el símbolo de la vida; dar la sangre es dar la vida, darse, entregarse, pasar por la

muerte, sufrir intensa y duramente. El derramamiento de sangre es propio de una muerte cruenta. Del corazón de Jesús brotó sangre y agua, brotó la vida. La sangre del mártir es una sangre que lava las vestiduras de los inocentes (fiesta de los Santos inocentes). Esa sangre derramada hace rojo el sollozo. Limpia y por eso el bautismo de sangre perdona y nos deja purificados/as.

Es fecunda: *“Cada vez que nos matan nos hacemos más numerosos, la sangre de los cristianos es una semilla”*⁸... El color de la sangre ha quedado asimilado al color del martirio. Rojas son las vestiduras propias para la celebración de la memoria de los mártires. Rojo es, también, el color de la victoria. Estar dispuesto a derramar la sangre por lo que se cree y por la justicia dice fuertemente a favor de sus convicciones y de la fuerza de la gracia de la resurrección presente en algunos creyentes. Así lo escribía alguien que refrendaría sus palabras pocos meses después con su martirio⁹. El martirio nos evoca la plenitud de la vida, el triunfo. Evoca la máxima victoria, la resurrección de Jesús: esa conciencia de victoria y de vida nueva acompaña a los mártires. *“Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño”* (Mons. Romero); viviré. De hecho Mons. Romero vive en el pueblo de El Salvador. Por eso mismo, se ha dicho con mucho acierto que “los mártires se le aparecen a la Iglesia”. Ellos, vencedores de la negatividad y de la muerte, interpelan, dan vida, son una gracia especial; invitan a vivir como Iglesia resucitada en la historia concreta del pueblo. La aparición de Jesús resucitado es don y gracia. La de los mártires también. Ellos se dejan ver, nos agracian y

bendicen. Su sangre de vida es fecunda, es sangre de vida.

No hay duda de que sin querer queriendo se vieron envueltos en una contienda sangrienta. Les tocó verter su sangre y evocar el derramamiento de la sangre de Jesús¹⁰. La sangre injustamente derramada interpela: *“¿Qué has hecho? Se oye la sangre de tu hermano clamar a mí desde el suelo”* (Gén 4,10). No hay nada que sacuda más y mejor que la sangre y el amor. La sangre derramada se hace profecía como recuerda Mons. Romero: *“Necesitamos de alguien que nos sirva de profeta también a nosotros para que nos llame a la conversión, para que no nos deje instalarnos en una religión como si ya fuera intocable”*¹¹.

Cristo es el prototipo de los mártires; el siervo doliente de Yahvé anunciado por Isaías (Is 52,13-15). Vino a dar su vida en rescate de muchos (Mt 20,28). La salvación del mundo tiene que realizarse a través del sufrimiento y la muerte (Mt 16,21). La ascesis forma parte integrante de la misión. En la Escritura se llega a afirmar que sin derramamiento de sangre no hay perdón (Heb 9,22). La muerte sacrificial de Cristo que pasa por el derramamiento de sangre, es tema central en el Nuevo Testamento. La efusión de sangre es estimada por la Iglesia como un don supremo y un modo habitual de salvar¹². En la Escritura se nos amonesta que hay que resistir en la virtud hasta derramar sangre (Heb 12,4). Bien podemos decir, que la sangre pone al rojo nuestra entrega y nuestra generosidad. Lo que se impone a sangre y fuego marca a las personas. La sangre nos habla de fuerza, de entrega generosa, de dolor, sacrificio y opción radical.

3.2 Confesión de fe: olvidar a los mártires es olvidar a Jesucristo

Ya Jesús había anunciado que la confesión del mensaje y el testimonio cristiano provocarían rechazo y por ello harían morir a sus seguidores (Mt 10). San Agustín nos recuerda que *“no hace al mártir la pena que padece sino la causa o el motivo por que padece”*. Al mártir le hace tal Jesucristo. Cristo está presente, sufre y vence en el mártir. Para ser mártir no basta ser víctima, padecer violencia y derramar la sangre. Es necesario dar la vida por él. El motivo es la pasión por Jesús que lleva a la compasión y a la acción por los hombres y mujeres pobres que se encuentran oprimidos, excluidos y enviados a las periferias de la vida y donde viven con heridas que les van dejando sin sangre. Todo eso nace y lleva a una confesión de fe en Jesucristo. El martirio es el testimonio de una fe viva en Jesús. Es un apostar por él, un ganar a Cristo y eso se expresa con palabras o con gestos en el momento de la muerte (Flp 3,8). De los mártires inocentes se nos dice que aún no hablan y ya confiesan a Cristo (Sermones del Obispo Quidvuldeo).

Los mártires cuando van a sufrir el martirio cantan a Jesús y le rezan. Gritan el *“Cristo vence, Cristo reina y Cristo impera”*. Es una confesión que sale de dentro y a la que se une, a veces, una espontánea expresión de alegría y fortaleza. Trae victoria. Poéticamente se ha dicho de los mártires:

*“Fijaron sus ojos en Cristo
y ya no volvieron atrás.
Sabían de quién se fiaban
y esa razón pudo más”.*

La confesión a la que aludimos es la que corresponde al testigo, al que da testimonio y así proclama su fe. En la época patristica el mártir era el modelo del cristiano perfecto. Actualmente, a pesar del interés por el cristianismo testimonial, no nos resulta fácil construir una espiritualidad cristiana a partir del martirio. Para algunos/as, y después del Concilio Vaticano II, hay que optar por el diálogo con el mundo y no tanto por la confrontación que lleve al martirio¹³. Todavía queda en nuestro recuerdo el eco de la controvertida obra de Urs Von Baltasar titulada *“Cordula Esta”*, una de las 11 mil vírgenes que habiendo huido, al principio, de la muerte, un día salió luego misteriosamente de su escondite y se ofreció voluntariamente y valientemente al martirio. Para algunos/as falta en el cristiano contemporáneo la convicción para suscitar heroísmo frente a la vulgaridad, generosidad frente a egoísmo e ilusión frente al desencanto. Sería un creyente que no se juega el todo por el todo. Se da la impresión de que no hay confesión y convicción, que no se toma en serio la Cruz y la resurrección de Cristo. Se prefiere el anonimato y se debilita el legítimo orgullo del nombre cristiano. Es un hecho que en el Concilio no se quiso liquidar el martirio ya que se exhorta a los cristianos a *“difundir la luz de la vida con toda confianza y fortaleza apostólica, incluso hasta el derramamiento de sangre”* (DH 14), pero algunos lo malentendieron así. El Concilio es una fuerte llamada a la *“seriedad”* de la fe cristiana que puede llegar al martirio, que es su sello.

Hay dos términos griegos que se utilizaron especialmente para expresar esta novedad cristiana y este modo de con-

fesar la fe: *parresia* y *káujesis*. La *parresia* se manifiesta expresamente en el comportamiento del que puesto en pie, con la frente en alto, habla abiertamente con plena libertad de su encuentro con “la potencia” interior; interiormente le da al testigo mártir una seguridad indefectible para anunciar con toda libertad, valentía y atrevimiento la Palabra de Dios. De ese encuentro nace la consagración leal a la Palabra misma. Reflejo de esa confianza es la *káujesis*, esto es, el hecho de gloriarse de algo después de haber hecho de ello el fundamento de las propias opciones existenciales.

Todo esto y esta fuerza en la confesión viene de la vivencia mística, es decir, de una experiencia interior y personal de la salvación. Pablo nos deja casi una fotografía interior de una fe abierta al martirio como fue la suya (Rom 8, 35-39). Esta misteriosa interacción, mística más que ética, de fortaleza cristiana es la que está a la base de la confesión del mártir. Por lo mismo al cristiano del siglo XXI le hace bien el recuerdo del martirio. Como decía Urs Von Balthasar, *el cristianismo que da mártires no es el de los “profesores” sino el de los confesores*. La sangre de los mártires es el mejor remedio contra la anemia de la fe. La secularización no puede robar la energía de la transfiguración de la existencia a la luz de la esperanza y en virtud del amor.

En el fondo, el martirio lleva al creyente a preguntarse en qué está basada su propia fe. Y no hay duda que la respuesta es kerigmática: en la muerte y resurrección de Jesús. “El martirio anuncia un mundo nuevo futuro pero ya

sustancialmente presente. La predicación cristiana no recorre el camino de la conversión moral sino del anuncio del Reino de Dios que hizo Jesús partiendo del anuncio de las bienaventuranzas. Y también el martirio es una bienaventuranza (Mt 5, 11-12)”¹⁴.

3.3 Reconciliación: su sangre como vino de fraternidad

Los mártires no murieron con odio en su corazón. Murieron perdonando; son el mejor aliento para que todos/as fomentemos el espíritu de reconciliación y de fraternidad. Su compasión dio fruto. Es importante que cuando contamos su vida y su martirio podamos decir que en su corazón no había odio o rencor. Ven la muerte dura que les llega; ven en la persecución una prueba que Dios permite y que trae purificación, ven unos asesinos que también son hermanos pero que se equivocan, se obnubilan, se engañan. En la celebración del protomártir de la Iglesia Católica, Esteban, ya en la oración colecta pedimos que “*aprendamos a amar también a los enemigos, ya que celebramos la fiesta de aquel que supo interceder por sus propios verdugos*”. San Esteban perdona una vez que ha elevado los ojos al cielo y solo después entrega su espíritu y ora: “*Señor no les tengas en cuenta este pecado*” y dicho esto expiró. Este martirio de Esteban es como el prototipo de los muchos mártires que se han sucedido en la Iglesia a través de los siglos.

Los mártires mueren perdonando a sus asesinos, como lo hizo Jesús. Están convencidos de que quienes les mataban no sabían lo que hacían. No quieren por ningún modo que los vencedores ajusten

cuentas con los vencidos. Todo lo contrario. La muerte les ha empujado a la amistad; esa es la historia y el mensaje de los monjes Cistercienses asesinados en Tibhrine por musulmanes argelinos. Por ello, los podemos identificar con el grano de trigo enterrado y que se convierte en promesa cierta de una nueva espiga de paz y de fraternidad ya que cae en los surcos de nuestros pueblos para dar y contagiar vida. Nos pide apostar por la paz y la reconciliación, para aprender a caminar con todos/as y contra nadie.

Los mártires no lo son contra nadie sino a favor de todos/as. No son banderas levantadas a favor de un bando. La imagen que mejor les va es la de la semilla que quiere dar fruto para los mismos que las depositan en el surco, que les ofrecen la posibilidad del diálogo y del encuentro. En eso siguen a Jesucristo que no vino a condenar y dividir sino a hacer comunión y comunidad. *“El es nuestra paz: él, de dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, el odio”* (Efesios, 2, 13-14). El profeta logra entretejer unas nuevas relaciones humanas al servicio del bien común. Normalmente los profetas no son protagonistas de una tensión creciente sino víctimas de ella.

El martirio es apostar por una mañana nueva de comunión, de reconciliación y de conversión. Hacer un mártir es excluir a alguien de la mesa de la vida pero, curiosamente, el excluido no excluye a nadie; no quiere ni necesita ningún tipo de reivindicación. El fruto del martirio es conseguir mesas en las que nos podamos sentar todos/as y na-

die proteste. Es la gran verdad que nos ilustra el poema de Bertolt Brecht:

Primero cogieron los comunistas
y yo no dije nada porque no era
uno de ellos. Luego llevaron a los
judíos y yo no dije nada porque no
era un judío. Luego vinieron los
obreros y yo no dije nada porque
no era ni obrero ni sindicalista.
Luego se metieron con los católicos
y yo no dije nada porque era
protestante. Y cuando finalmente
vinieron por mí no quedaba nadie
para protestar.

No hay duda de que evocar los mártires en el Continente es una invitación a aceptar la diversidad, la inclusión, a trabajar por la convivencia madura, la que no crea ni guetos ni rupturas que generen intolerancias y fanatismos, a hacer lo posible para que lo religioso sea argamasa de unión y de solidaridad y no causa de discordias y de enfrentamientos. La fe no se impone. Se contagia.

No hay duda que los mártires son de un temple especial. No son protagonistas de ninguna rebelión contra los poderes opresivos. Protestan contra una situación en la que domina el mal. Ven perfectamente que no sólo los oprimidos sino también los opresores son víctimas de ese mal. Anticipan de ese modo, y por ese motivo, una inversión radical de la condición humana. El vencedor de hoy acabará siendo vencido. No por la revancha del mártir sino por esa fuerza que lo sostiene y que constituye el yo más grande al que se ha entregado el mártir. Una victoria que no humilla al vencido sino que también a él le libera.

El martirio es un anuncio de la fidelidad de Dios hecho en un mundo donde la injusticia triunfa. El mártir al derramar su sangre, al confesar su fe y dar el perdón asume la debida actitud ante el mundo. No la actitud de la rendición acomodaticia ni de la provocación autocomplaciente. Y todo ello, lo hacen caminando al encuentro del Señor sin interrumpir nunca su canto:

*“Sé que mi defensor está vivo,
y que él, el último sobre el polvo se alzaré,
y luego de mi piel de nuevo revestido,
desde mi carne a Dios tengo que ver.
Aquél al que veré tiene que ser mío,
no un extraño contemplarán mis ojos,
¡y en mi interior se consumen mis
entrañas...! (Job 19, 25-27).*

Cuando se lee la Escritura a la luz de estas tres dimensiones muchos de sus párrafos tienen un sabor especial y se recibe por contagio mucha vida: “cuando el Cordero rompió el quinto sello, vi debajo del altar con vida, a los que habían sido asesinados por haber proclamado el mensaje de Dios y haber dado testimonio de su fe” (Apoc 6,9). Con esos hombres y esas mujeres hay que acostumbrarse a vivir y convivir.

4. LOS MÁRTIRES DE AMÉRICA LATINA Y DEL CARIBE, INTERPELACIÓN Y GRACIA PARA LA VIDA CONSAGRADA (VC)

La VC necesita el espíritu, el *pathos* de los mártires. Los mártires le hacen creíble cuando anuncian a Jesucristo y trabaja por la justicia. El final martirial añade radicalidad. Este número de la revista CLAR recoge la herencia de los mártires y ayuda a vivir de ella. Los mártires son un potencial humanizador.

Revivir su memoria es hacer de ella una interpelación sana y necesaria. ¿Qué es lo que interpelan de la VC? Su real primacía de Dios, su necesidad constante de reforma, su cuidado del amor primero, su audacia en la misión, su opción por los pobres; su compasión ha contagiado la Iglesia en su conjunto y su gastar cotidianamente la vida para el servicio de los demás¹⁵.

No hay duda de que la VC *está pasando por un momento en el que está urgida de interpelación y siente necesidad de ser interpelada por crucificados. Interpelada por Cristo y por las realidades históricas en las que se hace presente y las que convierte en clamor.* Los/as mártires llevan a la VC real. La que tiene que ver con una falta de fe, la que pone de relieve una injusta pobreza, la que ve la transformación de la realidad como una urgencia y llega a decir con Santa Teresa: “*está ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo... no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia*” (Sta. Teresa, Camino de la perfección, V, 1, 5). Ser religioso/a es aprender de Jesús el arte de vivir. Jesús terminó su historia como un condenado a muerte, como un mártir. El resucitado es un crucificado. El/la religioso/a no puede olvidar las llagas, la sangre derramada, el dolor, el martirio. Los monjes se consideran a sí mismos como sucesores de los mártires; su forma de vida estaba hecha de entrega hasta el extremo y de confesión de fe. Continuaron el martirio y el martirio se continúa de maneras diversas en la VC.

Lo mejor del pasado de la VC se ha expresado en su *pathos* para revertir la historia lo cual pasa por transformar es-

estructuras, salvar a todo un pueblo, reavivar la utopía histórica e instaurar el Reino de Dios. Todo esto nos tiene que hacer luchadores/as; que llevar a formar parte del grupo que vive y se desvive por salvar a un pueblo y por ello se jugaron su vida. No es la VC la que crea la misión sino la misión la que crea la VC; y la que lleva al martirio. Según sea la misión que la VC quiere traer al mundo así será la VC. Los mártires ayudan a la VC a dar con el punto crucial de su misión. Los/as mártires no han entregado su vida por algunas cosas buenas ni por liberaciones pequeñas sino por algo más hondo y abarcador: por la salvación de un pueblo y de las personas. Esa misión genera un tipo de VC en la que no falta el ánimo y la gracia.

¿Qué nos exige esa interpelación, qué no pide que vivamos?¹⁶

4.1 El triunfo de la libertad sobre el individualismo

Es un fruto claro de la gracia de la resurrección que se vive en la historia; la libertad redimida es un triunfo del resucitado; un fruto claro de la presencia y acción misteriosa de los mártires. El mártir es libre en plenitud porque siempre fue libre. La libertad nos ata a la historia pero de tal manera que nada en la historia esclavice. Los mártires rompieron todas las ataduras; dieron su vida por ser libres y para ser libres. Así nace la libertad que da el amor y de una manera especial el amor a los pobres. En su boca también ponemos las palabras de Jesús: “Nadie me quita la vida sino que la doy” (Jn 10,18).

Esta libertad a la que aspira el/la Con-

sagrado/a cuando contempla la sangre del mártir es la máxima libertad. La que permite amar para servir sin que nada ni nadie ponga límites a ese amor. Así se llega a la fidelidad del Consagrado/a que es tal que se mide por la capacidad que tienen estas personas para dar su vida por el Reino. Ha generado y genera testigos por doquier (Ap 7, 9-14). Por eso, la VC tiene que acudir en ayuda de los mártires de lo cotidiano.

4.2 De triunfo del gozo sobre la tristeza, de la luz sobre la oscuridad

Otro fruto de la resurrección y de la muerte del mártir es el gozo. El que permite celebrar. Vivir con gozo es poder celebrar la vida. Hacer memoria de los mártires es concluir que lo que se opone a la alegría es la tristeza, no el sufrimiento.

Ese gozo y esa alegría son posibles. Por eso las comunidades se reúnen para celebrar la eucaristía, para proclamar la palabra, para estar juntos/as, para agradecer un año más de vida. Además es contagioso. Si no existe se comienza a dudar del triunfo de la resurrección y de la gracia martirial. Los mártires nos interpelan sobre ese gozo y nos animan a vivirlo con intensidad. Nos llenan de luz. Para Ignacio de Antioquía el martirio da sentido a la vida, pone luz en ella: “¡bello es que el sol de mi vida, saliendo de este mundo, tramonte en Dios, a fin de que en él amanezca”.

Es espléndida la carta abierta de Mons. Casaldáliga a nuestros mártires:

Les escribo a ustedes que han dado la vida por la vida a lo largo

y ancho de nuestra América(...) Les escribo en nombre de nuestros pueblos y de nuestras Iglesias que les deben el coraje de vivir(...) y la terca voluntad de seguir anunciando el Reino(...) Creemos que mientras haya martirio habrá credibilidad, habrá esperanza... Mientras haya martirio habrá conversión y eficacia. El grano de maíz muriendo se multiplica. Saben perdonar pero quieren vivir. Asumiremos sus vidas y sus muertes asumiendo sus causas(...) Esas causas tan divinas y tan humanas, que desglosan en coyuntura histórica y en caridad eficaz la causa mayor del Reino(...) ¹⁷

4.3 De triunfo de la esperanza sobre la resignación

La resurrección consagra la esperanza y la animosa constancia. Hace brotar la vida sobre la muerte: “ustedes lo mataron pero él resucitó” (Hechos, 2,23-24). Así, el verdugo no tiene la última palabra y no triunfa sobre la víctima. La esperanza consagró la resurrección de Jesús. Los mártires nos recuerdan y evocan ese triunfo. A la Iglesia le toca vivirlo. Los mártires expresan la negrura de un derramamiento de sangre pero paradigmáticamente llevan a la esperanza. Son fuente de esperanza. Ponen luz en su entorno. Son una exhortación constante a superar posibles cansancios y a no caer en el desánimo ante los desafíos que supone la misión y evitar “la dictadura del relativismo”.

Está muy claro que los mártires no pusieron su esperanza en el progreso, en

la organización política o social, en las armas; la pusieron en los pobres, en la cruz, en la muerte y en la resurrección; de la muerte o por la muerte se puede pasar a la vida, a la esperanza plena.

Expertos en la extremada debilidad del amor sufrida en su propia carne, los mártires nos enseñan la fuerza de ese mismo amor, traducida en ellos como en Jesús, en el poder de la resurrección que dura por siempre; por eso no retrocedieron ante la muerte. Por eso mismo ya no son vencidos/as sino vencedores y ellos/as se convierten en un canto a los/as vencidos/as.

Libertad, gozo y esperanza son la otra cara de la historia; la cara positiva, purificadora y planificadora. Son expresiones de la resurrección y de la gracia martirial de tantos y tantas que han derramado su sangre. Son las que permiten el darse por entero; algo que ahora no se usa y sin embargo es y significa tanto; son las que renuevan el espíritu de un/a religioso/a o de una comunidad.

* * *

¿De los mártires qué queremos que siga vivo y actuante en la historia? Este encuentro con ellos/as nos lleva a soñar y hacer realidad una Vida Religiosa mística, profética. Estamos en un tiempo martirial; un tiempo de vida amenazada y de esperanzas fundadas. El enfrentamiento cainita a nadie favorece. Con los mártires se abre otra página de la historia; la de la concordia, la confesión de fe, la práctica de la justicia y la del sacrificio fecundo; la que irradia sabiduría y no ha perdido la dinamicidad ni el frescor del niño, la que tiene los ojos menos recogidos pero más abiertos a la

vida, tiene los trazos de lo que puede ser signo de verdadera esperanza para los momentos cruciales de la historia. El antídoto contra todos los martirios y verdugos es la compasión. Lo aprendemos en el evangelio del martirio. Cuando estamos dispuestos/as a perdonar y a ser perdonados/as, a defender la justicia y trabajar por la paz y dar la vida hasta el final *“entonces romperá tu luz como la aurora, enseguida te brotará la carne sana; te abrirá camino la justicia”* (Isaías, 58, 8). La herencia de los mártires hace creíble la VC entre los pobres y entre los ricos. No podemos menos de agradecer a los mártires de nuestro Continente ya que *“a causa de ellos/as se bendice el nombre de Dios entre los pobres”*.

Notas

¹ Los mártires del siglo pasado son “la encarnación suprema del Evangelio de la esperanza” (Ecclesia in Europa, 13).

² SOBRINO, Jon, *10 Palabras clave sobre América Latina: Mártires*, EVD, 2003, p.p. 79-80.

³ ORTEGA Y GASSET, J., *Obras completas*, Vol I, Ed Espasa Calpe, p. 88.

⁴ “Las nuevas visiones, profecías y demás obras maravillosas del Espíritu no podemos sino consignarlas y celebrarlas con la lectura para gloria de Dios. Ni la flaqueza ni la desesperación de la fe han de considerar que sólo entre los antiguos se hizo presente la gracia de la divinidad, sea en la confesión del martirio, sea en las revelaciones. Dios obra siempre lo que promete, para testimonio contra los que no creen y en beneficio de los que creen” (Martirio de Santas Felicitas y Perpetua y compañeras, c. I).

⁵ FERNÁNDEZ BARRAJÓN, Alejandro, *Folleto con Él*, en *Revista Vida Nueva*, 6 octubre 2007, p. 2.

⁶ “En estos últimos años el martirologio del testimonio de la fe y del amor en la Vida Consagrada se ha enriquecido notablemente” JUAN PABLO II, *Caminar desde Cristo*, n. 9.

⁷ MOLINARI, P., *Nuevo diccionario de espiritualidad, Mártir*, Ediciones Paulinas, Madrid, 1983, p. 870.

⁸ TERTULIANO, *Apologeticus*, 50, PL I, 554.

⁹ “Toda esta sangre martirial derramada en El Salvador y en toda América Latina, lejos de mover al desánimo y a la desesperanza, infunde un nuevo espíritu de lucha y nueva esperanza en nuestro pueblo. En este sentido si no somos nuevo mundo ni un nuevo Continente, si somos claramente y de una manera verificable -y no precisamente por la gente de fuera- un Continente de esperanza, lo cual es un síntoma sumamente interesante de una futura sociedad frente a otros continentes que no tienen esperanza y que lo único que tienen es miedo”. *Revista Latinoamericana de Teología*, I, *Ellacuría, Quinto Centenario. ¿Descubrimiento o encubrimiento?*, 21 (1990), p 2881 ss.

¹⁰ “Si no hubiera de ser derramada la sangre de los justos, de ninguna manera hubiera el Señor tenido que derramar su sangre... la recapitulación de la sangre de todos los justos y profetas vertida desde el principio... había de tener lugar en su persona” (San Ireneo, *Adv. Abr.*; V,1,1,7ss).

¹¹ Mons. Romero, Homilias, 8 de julio de 1979.

¹² El martirio “en el que el discípulo se asemeja al Maestro, que aceptó libremente la muerte para la salvación del mundo y se conforma a él en la efusión de la sangre es estimado por la Iglesia como un don eximio y la suprema prueba del amor” (LG 42).

¹³ Sin embargo en el mismo Vaticano II encontramos claras invitaciones a la confesión de la fe: “es conveniente que todos vivan dispuestos para confesar a Cristo entre los hombres y para seguirle por el camino de la cruz en medio de las persecuciones que nunca le faltarán a la Iglesia” (LG 42).

¹⁴ S. SPINSANTI, *Nuevo diccionario de espiritualidad, Mártir*, Ed San Pablo, 1987, p. 879.

¹⁵ “Hoy día la impresión dominante es que la Iglesia en su mayoría, en los pastores y en las ovejas, vuelve al pasado. Mantiene el mismo lenguaje, pero la práctica es distinta. Vuelve a las sacristías y a las casas parroquiales. Ya no escucha la voz de las mayorías de los pobres y escucha más a su público tradicional, al que asiste al culto. La Iglesia vuelve a preocuparse de sí misma. Busca recuperar posiciones de poder cultural, político y aun económico. Vuelve a cultivar los sentimientos religiosos, las emociones. No le falta clientela, pues el modelo neoliberal ha hecho crecer la angustia, la desesperación, la inseguridad, el desconcierto de los pueblos” COMBLIN J., *Medellín ayer, hoy y mañana*, en *Revista Latinoamericana de Teología*, 46 (1999), p. 79.

¹⁶ Estos párrafos se inspiran en el artículo Mártires de Jon Sobrino, al que antes he aludido; pp. 11-114.

¹⁷ CASLDÁLIGA P., *Carta abierta a nuestros mártires*, en *Revista Vida Religiosa: Dar la vida por Él*, 2007, cuaderno 1, Vol 102, p. 54.

